

INCORPORACION DE DON RAUL SILVA CASTRO VERIFICADA EL DIA 21 DE JUNIO DE 1954

I.—*Discurso del señor Silva Castro*

Conforme vieja tradición, al nuevo académico que se incorpora en este docto cuerpo se le pide que pronuncie un discurso; y también indica la tradición que el discurso de estilo verse, de preferencia, en las especialidades que el nuevo numerario ha señoreado y señorea. Si, además, el discurso se avanza a plantear una tesis, a formular un problema, a enriquecer el repertorio de los temas entregados a la discusión de los académicos, mucho mejor aparece cumplida la tradición que estoy evocando. De allí, pues, distinguidos oyentes, que el nuevo académico, llegada la hora de su incorporación, registre hasta lo más profundo el arcón de su memoria, exhume papeletas procedentes de antiguas lecturas, compulse textos y haga acopio, en fin, de cuanto le permita presentarse ante sus colegas con una vestidura intelectual completa. Las flores de los discursos de estilo que se pronuncian en las academias no son siempre de papel pintado, y algunas suelen exhalar olores tenues, como el de las reminiscencias que nos acompañan por la vida.

Tal es mi caso. Cuando me disponía a trabajar la pieza

que en seguida oiréis, más de una vez pasó por mis ojos el mazo de papeles en que yo había sintetizado, años atrás, el resultado de algunas lecturas. Exageraría mucho si dijese que aquello tenía forma; no eran, aparentemente, más que apuntes sueltos para una disertación o artículo que no me había atrevido hasta entonces a concretar. ¿Valdría la pena intentarlo?

Y si os interesa el estudio de la creación intelectual, os diré además que todo aquello —notas sueltas de lecturas, esbozos de disertación destinados a ensamblarse, más adelante, con otros de contextura similar— aparecía organizado en torno a un nombre, el de don José Joaquín de Mora, y a propósito de una tesis, que el ilustre gaditano trató de sentar en Chile en su precaria cátedra de tres años. La tesis era la de que el idioma español se hablaba en Chile en forma tal, con tan increíbles dislates de prosodia y de gramática, empedrado de tantos arcaísmos, que el censor se atrevía a decir que esta era simple y trivialísima algarabía. Todo eso escribió Mora; sus discípulos, amigos y admiradores se avinieron dócilmente a repetirlo, y en este empeño gastaron tal tesón y emplearon tanto aparente convencimiento, que contagiaron a sus auditores y lectores formando todos ellos pronto una legión indisciplinada tal vez, pero siempre renovada, de gentes que fervorosamente dijeron, haciendo coro al ilustré escritor gaditano, que en Chile se habla muy mal el idioma español. ¿Quién fue el primero que lo dijo? Nadie parece saberlo, y yo, que algún esfuerzo he puesto para descubrirlo, tampoco lo sé. Avánzome a suponer que tal vez no se sepa nunca.

Con aquel esbozo de disertación en las manos comenzó la tarea a que se da cima en este discurso. Primeramente, hay que exponer la tesis de Mora, y en seguida sentar las bases de la antítesis, esto es, de la tesis contraria. Mora dijo que en Chile el español se habla mal; pues bien, el empeño de quien os dirige la palabra en esta ocasión solemne de su vida de escritor no es otro que afirmaros que en Chile no se habla mal el español, y que los destrozos y deterioros de que usualmente es

víctima la lengua común en esta sección de América no son más serios ni más profundos, ni más graves e irreparables que los que se comprueban en el mismo uso que de ella se hace en otras secciones americanas. Parte complementaria de la tesis que me propongo demostrar es, además, la de que semejantes destrozos y deterioros se registran en diferentes provincias de la propia península española, ya que no es la uniformidad la ley que persiste en el uso de la lengua. Hasta hoy hemos entendido todos los americanos que las variantes regionales españolas de la lengua común tienen perfecto derecho para impetrar acogida en el léxico oficial, esto es, en el Diccionario de la Real Academia Española, y que, en cambio, las variantes americanas estaban o han estado sometidas a una especie de cuarentena que suele durar muchos años y hasta siglos. Si se lograra establecer que el idioma español no se habla tan mal en América como en España, ¿no se podría conseguir, de consiguiente, que el plazo de aquella cuarentena fuese abreviado?

Aun cuando siga en mi disertación un orden disperso, no me parece inoportuno del todo añadir que cuando me hallaba con aquellas notas en estado que distaba mucho de parecer siquiera un borrador, hube de leer de corrido las obras de un benemérito escritor chileno a quien esta Academia ha de rendir siempre tributo de afecto y de respeto. Me refiero a don Miguel Luis Amunátegui Reyes, que en estas filas académicas completó casi medio siglo de asidua y persistente labor. Y fueron sus obras leídas con atención, lápiz en mano, separando notas y citas, las que me permitieron dar a la disertación en esbozo otra parte de la estructura que le faltaba. A la leyenda negra de Mora parecía irse sobreponiendo la leyenda áurea de Amunátegui Reyes. Donde el gaditano veía distracciones lamentables, el chileno hallaba razones valederas, motivos psicológicos e intelectuales defendibles. Uno condenaba *in toto*, mientras el otro, con mejor pulso, intentaba discernir. Y se me permitirá recordaros, aunque parezca injuria a vuestra ilustración, que lo propio de las tareas a que se congregan los escritores en academias no es condenar o aplaudir

con rabiosa impulsividad, sino examinar y discernir con exactitud, método y ágil intelecto.

Cuando Mora llegó a Chile le había precedido fama extensa y sólida de buen escritor, y en atención a ella se le dieron en este país oportunidades para que ejerciera su oficio. Así nació *El Mercurio Chileno*, revista en la cual la colaboración de Mora, atendido el estado intelectual del país, iba a ser, sin duda, la más abundante. Volviendo al tema de esta disertación, oportuno será indicar que Mora ocupó su pluma varias veces para señalar en el habla usual de los chilenos los errores que le parecían más de bulto. En uno de sus artículos vituperó el empleo de las voces *remarcable, hábitos, sorprendente, finanzas y maneras*, entre las cuales sólo las dos primeras no han persistido tras la censura de Mora y de cuantos las hayan notado como impropias: las demás son de uso diario y distan mucho de chocar en un lenguaje medianamente correcto. Pero Mora fue más lejos, y sin atender ya a peculiaridades lexicológicas, dirigió sus tiros a la prosodia y a la fonología:

El habla, este órgano de todas las comunicaciones sociales —escribió Mora—, se abandona en Chile al ciego impulso de una imitación vulgar y viciosa. Nuestra lengua, por su extrema facilidad y por su falta de sonidos intermedios, se presta a toda clase de corruptelas, y nada se hace para evitar que degeneren en absurda algarabía. No se hace tampoco distinción entre la v y la b, y la confusión entre la y y la ll es tan completa, que hemos visto niños a quienes es absolutamente imposible pronunciar esta última letra.

La distinción entre la v y b, como se sabe, no se hace en España, de modo que no se ve de dónde podía sacar el señor Mora como nota infamante o de censura para el habla chilena el que tampoco se hiciera aquí. Cito a continuación algunos ejemplos de poesía en que al rimar los autores palabras

cuyas sílabas finales llevan indistintamente la v y la b, queda probado que para esos poetas (todos españoles desde luego) la mentada distinción no existía.

Por ánimo constante y raras pruebas
criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Ercilla, *Araucana*, canto I.

Con un revés de todo se desquita,
que no quiere que nadie se le atreva,
y mucho más que da siempre les quita,
no perdonando cosa vieja y nueva:
de crédito y de honor los necesita,
que en el fin de la vida está la prueba.

Ibidem, canto II.

Puede argüirse que tal podía ser el uso en los tiempos de Ercilla, pero que en los albores del siglo XIX, en que escribía Mora, el uso había ya cambiado. Se podría leer entonces a otros autores. Un contemporáneo de Mora:

..cuya negra frente calva
sufre en paz el sol que arde,
la roja luz de la tarde,
la amarilla luz del alba...

Zorrilla, *A la estatua de Cervantes*.

La fresca brisa que asoma
por sobre la roca calva,
remedo de la del alba
en frescura y en aroma.

El mismo, *La tarde de Otoño*.

Entonces de la vida en el vacío
 soñé un bello fantasma que rodaba,
 gota brillante y fresca de rocío
 en flor que brota entre pajiza lava.

El mismo, ***

Te enojan las otras aves
 con su inocente amistad
 y con sus gorjeos suaves,
 tú que llorar sólo sabes
 vives en la soledad.

El mismo, *Inconsecuencia. A una tórtola.*

Tal vez groseros cuentos populares
 bajo el nombre sin crónica conserva,
 y en las bóvedas, torres y pilares
 brota a pedazos la pajiza yerba.

El mismo, *La torre de Fuensaldaña.*

Y he aquí ejemplos de otro contemporáneo no menos ilus-
 tre de Zorrilla y de Mora:

A su padre su misma sangre lleva
 para que de ella se alimente y beba.

Espronceda, *El Pelayo, V, Cuadro del hambre, X.*

Triste en verdad estoy, mas ¡ay! no es leve
 la causa de mis lágrimas: dichoso
 tú mil veces ¡oh joven! que harto breve
 será tu padecer y harto glorioso;
 por más que en ti con ímpetu se bebe
 la cólera del hado riguroso.

El mismo, *ibidem, VI, vi.*

La vida es la vida: cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.
De inciertos pesares, ¿por qué hacerla esclava?

El mismo, *El estudiante de Salamanca*, parte cuarta.

Es fama que soñó... y he aquí una prueba
de que nunca el espíritu reposa,
y esto otra vez a digresar me lleva...

El mismo, *El Diablo Mundo*, Canto I.

Mi vida entonces cual guerrera nave
que el puerto deja por la vez primera,
y al sopro de los céfiros suave
orgullosa desplega su bandera,
y al mar dejando que a sus pies alabe...

El mismo, *Ibidem*, Canto a Teresa.

Supongo que los ejemplos que se han aducido bastan para establecer que en la poesía española, a lo largo de cuatro siglos, no se ha hecho la distinción entre la v y la b que pedía para los chilenos, en 1828, don José Joaquín de Mora. Y supongo asimismo que, a la vista de esos ejemplos, nadie vacilará en calificar de simple majadería la del purista que pretendiera medir a los modestísimos aprendices de español que encontraba en Chile, con una vara más estrecha, ajustada y encogida que la normalmente empleada en España...

Y para replicar anticipadamente al que impugne lo de majadería aplicado a Mora, he aquí el florón de la antología que he compuesto: versos del propio Mora en que riman sílabas con v y b...

Era un cierto Farfán, de temple crudo,
cejjunto, callado, frío y torvo.

Uno de esos nacidos para estorbo
de la familia humana...

Leyendas Españolas, Zafadola, Ed. Londres 1840, p. 143.

...pero con gesto mudo y frente torva,
la prevenida guardia se lo estorba.

Ibidem, Las dos cenas, p. 222.

Empiezan a implorarse donativos:
uno da una coraza y otro un peto;
aquél una montura sin estribos...

Ibidem, Don Opas, LVII, p. 443 (1).

Durante su estada en Chile, Mora organizó un colegio que iba a gozar del favor oficial no sólo porque se le entregó dinero público para sostenerlo sino también por la libertad en que se dejó a su director para que estableciera la enseñan-

(1) El tema ha sido tocado por T. Navarro Tomás en su *Manual de Pronunciación Española*, tercera edición, Madrid, 1926. "El distinguir la v de la b no es de ningún modo un requisito recomendable en la pronunciación española. La tradición fonética de esta lengua, el ejemplo de los buenos actores y oradores y el uso general son contrarios a dicha distinción. La mayoría de las personas cultas, tanto en Castilla como en las demás regiones afines, lejos de estimar la pronunciación de la v labiodental como una plausible perfección, la consideran como una mera preocupación escolar, innecesaria y pedante" (Página 89). Sobre la *Extensión y concepto del yeísmo* pueden leerse las p. 131-3 del mismo libro de Navarro Tomás, en donde este autor denuncia la existencia en España de regiones en que no se hace distinción entre la ll y la y.

za conforme su personal criterio. En el plan de estudios del Liceo de Chile se leía:

Desde el ingreso del alumno en el Liceo empezará a purificar su idioma, desterrando las locuciones viciosas, los neologismos y las incorrecciones que afean nuestra habla usual. Al principio se corregirán por hábito, después saldrán los fundamentos de la corrección. En muchos casos será preciso retroceder hasta los primeros elementos de la lectura para enmendar la pronunciación viciosa de las letras y de las sílabas. La lectura acentuada y oratoria será un ejercicio que se mirará como adorno importante.

Pero es curioso también comprobar que en el colegio de Mora la enseñanza gramatical de la lengua española ocupaba poquísimos espacio. En aquel mismo plan de estudios, ampliamente difundido en los días de Mora y repetido posteriormente en no pocos libros que se han escrito en todo o en parte para comentar su iniciativa, se ofrece la seguridad de que la gramática castellana se enseña sólo a los alumnos de los años cuarto y quinto, que eran los finales, mientras el latín se enseñaba en los cinco años de estudios y el francés en los tres primeros. Suponiendo, pues, que algunos alumnos, como suele ocurrir en la vida escolar, no enteraran el programa completo de los estudios, se habría dado la singularidad de que los educandos de Mora habrían salido de las aulas más o menos informados sobre el latín y el francés y nada conocedores de la gramática castellana, que se había prometido sólo del cuarto curso en adelante. De este ligero ejemplo puede concluirse que el afán de Mora por modificar los usos idiomáticos que había encontrado en Chile, no era tan vehemente como para aconsejarle una enseñanza gramatical más oportuna.

Cuando Mora salió de Chile fue a establecerse en Lima. Mantuvo desde allí cierta actitud de beligerancia que le llevó a extremos polémicos que más de una vez han sido comentados, acaso por la graciosa vestidura que les dio el ingenio del

autor. Mora escogió el verso para burlarse de Chile y de sus hombres, convencido de que la forma poética iba a permitir a sus invectivas vencer el olvido. Y así nació su epigrama contra los grupos dirigentes, en donde se encuentra la siguiente síntesis panorámica de los círculos de gobierno:

Pero lo que falta en Lima

son los frutos de ese clima:

la cara de logogrifo

del legislador Rengifo;

la probidad de Portales;

los rebuznos garrafales

del congreso y la asamblea;

y la honradez de Correa;

y el *dentrar* y el *endenantes*,

y los regüeldos sonantes

del señor de la Calera,

y su devoción sincera;

y la ilustración de Vargas;

y los obispos a cargas;

y profesores a carros;

y las narices de Barros.

Pero su inquina contra Chile no se había saciado con aquellos versos, y afligiendo a su musa con nuevas exigencias, la hizo verter el famosísimo soneto con que Mora pretendió hacer el perpetuo baldón de la vida chilena:

Un conjunto de grasa y de porotos,

con salsa de durazno y de sandía;

pelucones de excelsa jerarquía,

dandys por fuera, y por adentro rotos,

chavalongo, membrana, pujos, cotos;

alientos que no exhalan ambrosía;

lengua española vuelta algarabía;

erutos que parecen terremotos;

en vez de mente, masa tenebrosa,
no ya luz racional, sino pavesa,
que no hay poder humano que encandile;
mucho alfalfa, mal pan, chicha asquerosa;
alma encorvada, y estatura tiesa . . .
Al pie de este retrato pongo: "Chile".

Estas expresiones son, desde el punto de vista del estilo polémico, bastante chistosas, y sería prueba de mal gusto negarles gracia salada, que es, si se quiere, chocarrera, pero combinada con verdadera eficacia métrica. Se las ha aducido sólo para hacer ver que Mora no era de esos maestros dulces que instruyen deleitando, sino más bien, flagelador tenaz y brusco.

Ahora bien, volviendo al tema que me propuse formular, se me permitirá que a la tesis que presentaba el señor Mora sobre el uso que del español se hacía en Chile, oponga las consideraciones que movieron a don Andrés Bello para opinar en términos muy diferentes algunos años después. En 1847, al redactar el prólogo de su *Gramática*, el señor Bello decía:

No tengo la presunción de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento de todas las artes, el progreso de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas; y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan en-

galanar así lo que escriben. Hay otro vicio peor, que es el de prestar acepciones nuevas a las palabras y frases conocidas, multiplicando las anfibologías de que por la variedad de significados de cada palabra adolecen más o menos las lenguas todas, y acaso en mayor proporción las que más se cultivan, por el casi infinito número de ideas a que es necesario acomodar un número necesariamente limitado de signos.

Para Bello había, empero, un mal más grave, que podría "privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común", y lo caracterizaba diciendo que "es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín".

Chile, el Perú, Buenos Aires, México —agregaba el maestro— hablarían cada uno su lengua, o por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional.

De aquella enumeración puede perfectamente concluirse que el fenómeno a que se refería el señor Bello no quedaba circunscrito a Chile; que Chile no era el único país americano en el cual la "avenida" de los neologismos pudiera alterar la estructura del castellano, y que no es discreto presumir, en consecuencia, que las correcciones que hacía Bello en su *Gramática*, y en otros escritos, estaban referidas sólo a Chile. Y, por su parte, el propio autor introducía otra importante limi-

tación de sus observaciones. No será inoportuno repetir sus palabras textuales:

Sea que yo exagere o no el peligro, él ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra, bajo tantos respectos superior a mis fuerzas. Los lectores inteligentes que me honren leyéndola con atención, verán el cuidado que he puesto en demarcar, por decirlo así, los linderos que respeta el buen uso de nuestra lengua, en medio de la soltura y libertad de sus giros; señalando las corrupciones que más cunden hoy día, y manifestando la esencial diferencia que existe entre las construcciones castellanas y las francesas que se les asemejan hasta cierto punto, y que solemos imitar sin el debido discernimiento.

No se crea que recomendando la conservación del castellano sea mi ánimo tachar de vicioso y espurio todo lo que es peculiar de los americanos. Hay locuciones castizas que en la Península pasan hoy por anticuadas, y que subsisten tradicionalmente en Hispano América: ¿por qué proscribirlas? Si según la práctica general de los americanos es más analógica la conjugación de algún verbo, ¿por qué razón hemos de preferir la que caprichosamente haya prevalecido en Castilla? Si de raíces castellanas hemos formado vocablos nuevos, según los procedimientos ordinarios de derivación, que el castellano reconoce, y de que se ha servido y se sirve continuamente para aumentar su caudal de voces, ¿qué motivo hay para que nos avergoncemos de usarlo? Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada. En ellas se peca mucho menos contra la pureza y corrección del lenguaje que en las locuciones afrancesadas, de que no dejan de estar salpicadas hoy día aún las obras más estimadas de los escritores peninsulares.

Algunas opiniones emitidas en diversas fechas sobre el mismo tema que interesaba a Mora, lo contradicen por lo demás, abiertamente. El pseudo-Haenke, por ejemplo, en su *Descripción del Reino de Chile*, se expresaba así a mediados del siglo XVIII:

Las costumbres de los españoles chilenos se han conservado en un estado que realmente debe complacer a la nación de donde proceden. Una presencia y robustez realmente admirable en ambos sexos, un trato fino y amable, una hospitalidad constante, un idioma castizo, unos modales inocentes y cariñosos, son cualidades casi generales a las cuales añaden los hombres un talento y agilidad poco comunes y las mujeres una fidelidad conyugal sin afectación, una grande pasión por la música y una constancia poco común para la buena educación de sus hijos. (Haenke, o. c., p. 101).

Y a comienzos del siglo XIX, es decir, muy poco antes de que Mora echara a viajar por los países americanos, un ilustrado viajero inglés decía como sigue:

El idioma de los chilenos es con mucho superior, en pronunciación y elegancia, al que hablan los españoles de la banda oriental. En Santiago no se oye ninguno de los barbarismos tan corrientes en Buenos Aires (Caldeleugh, *Viajes*, p. 63).

En los versos que Mora dedicó a los miembros del Congreso de Chile incriminó las voces *dentrar* y *endenantes*, que el autor había logrado distinguir entre "los rebuznos garrafales" que se solían proferir en aquella junta. Si examinamos el asunto con mayor pulcritud, esto es, sin acrimonia, vendremos a concluir que la censura del escritor gaditano pasa de la raya. Ambas son voces anticuadas en el idioma español de su tiempo y del nuestro, y como anticuadas chocarían en el uso

de los cultos; pero de que son castizas nadie puede albergar la menor duda, y tan castizas, que se las emplea con frecuencia en textos literarios que son familiares a los estudiantes superiores de la lengua (2). El fenómeno tiene explicaciones históricas de fácil explanación. Constreñidos al recinto del continente americano, los españoles emigrados para llevar a cabo la conquista y la colonización de América siguieron por mucho tiempo empleando las mismas expresiones que habían aprendido en su hogar, sin que jamás se les pasara por la cabeza la idea de que ellas pudieran haber sido sustituidas por otras. Proújose entonces en el idioma español americano una especie de anquilosis, que sólo hubo de tener término cuando por la emancipación política a todos los puertos del Nuevo Mundo llegaron libros, periódicos y viajeros que traían nuevos modos de decir. Ni fue, por lo demás, esta anquilosis más grave que otras, ya que de todos es sabido que los grupos de judíos expulsos de España que buscaron refugio en las costas del oriente medio han seguido hablando y escribiendo hasta hoy una lengua petrificada que corresponde, puntos más o menos, a la lengua literaria más culta de la época en que se produjo su extrañamiento, esto es, fines del siglo XV. Sería en realidad necio expurgar en aquella lengua ladina, a la cual dan otros el nombre de *sefardí*, las voces anticuadas, y condenar en nombre de la evolución lograda después por el idioma en la península ibérica, como errores de prosodia los fenómenos que no pasan de ser la conservación ahincada de la única lengua que los sefarditas declaran suya y que guardan celosamente como prueba de que los siglos de su vida en España les imprimieron un sello al cual noblemente no quieren ser infieles.

(2) Endenantes ha sido reconocido como voz hablada principalmente en territorio asturiano por don Apolinar de Rato y Hevia, *Vocabulario de las palabras y frases bables que se hablaron antiguamente y de las que hoy se hablan en el principado de Asturias*, Madrid, 1891, p. 49.

Mora es de los que barren para afuera en materias idiomáticas, y es obvio que la única política cuerda en ellas es barrer para adentro, es decir, acoger con simpatía las innovaciones útiles, mantener en vigencia el mayor número de voces que sea posible usar, y unir, en fin, en la síntesis de la lengua hablada hoy, lo mejor de ayer y de anteayer sin hacer ascos a nada que sirva para dar al ser que piensa y siente, el medio adecuado para hacer comunicables sus pensares y sentires. Doloroso es comprobar que Mora no ha estado solo en su empresa, y que no son pocos los escritores autorizados que piensan, como él, que adelgazar el cimientó de la lengua contribuye a darle esplendor o, por lo menos, elegancia. Centenares de libros se han escrito para impugnar las llamadas "locuciones viciosas" y sobre todo los "barbarismos"; y es fácil siempre la nombradía literaria que se cobra, por lo menos entre los indóctos, cuando se hace la policía del lenguaje en nombre de preceptos negativos y excluyentes. Un americano, Baralt, extremó la nota al escribir su voluminoso *Diccionario de Galicismos*, en donde se da en la flor de condenar cuanto podía parecerse al francés en el español, sin que jamás advirtiera el autor de tan farragosa empresa, que siendo las lenguas francesa y española hijas de una misma, la latina, lo normal es que se parezcan y emparienten y lo anormal sería que se miraran con inquina y odio. Y que, en fin, reconociendo ambas un mismo origen, bien difícil será siempre establecer quién ha pedido prestado a quién...

Se me permitirá que insista un poco más sobre este asunto, ya que en su debida elucidación puede hallarse el camino que nos conduzca más lejos.

Decía que el francés y el español nacieron del latín, y para entender bien lo que se quiere decir con ello, debe tenerse en cuenta que el caudal léxico de ambos idiomas reconoce como fuente más rica el vocabulario latino, que los dos pueblos, el ibero y el franco, adaptaron a su gusto. En lo que se refiere a las voces de origen latino, tan legítima es, pues, la forma francesa como la española, y de ninguna de ellas se

puede decir que tenga más pureza o normalidad. Baralt creyó en forma distinta, y atribuyó, según parece, a las formas francesas de derivación latina una especie de primacía cronológica, en virtud de la cual sería siempre el español quien copia o pedía prestado al francés, y no al contrario. Hay derecho para sentir en forma diametralmente opuesta, y suponiendo mayor antigüedad a las formas españolas, imaginar que en los casos de parecido o parentesco son los franceses quienes copian o piden en préstamo... Con lo cual ese vocabulario de galicismos cae en el capricho y pierde autoridad, ya que —no temo repetirlo— nadie ha podido establecer hasta hoy, salvo tal vez casos muy contados, que la formación francesa de ciertos temas latinos sea necesaria y evidentemente anterior en el tiempo a la formación española.

Toda esta disertación se habría escrito en vano, y carecería por lo tanto de cualquier recompensa vuestra atención, que infinitamente agradezco, si no se pronunciara con el debido respeto el nombre de don Miguel Luis Amunátegui Reyes. Ocupó durante cuarenta y nueve años el mismo sillón que a mí se me asigna, y al llenarle se dio a la tarea de justificar con obras la designación que en él se había hecho. El norte de todas ellas fue sacudir la nota de escarnio que chilenos y extranjeros habían pretendido hacer recaer sobre el habla nacional, a la que negaban pureza y precisión. En detenidas exploraciones por el tesoro de la lengua, pudo allegar autoridades para mostrar castizas raíces en modos de decir que corrientemente pasaban como barbarismos provinciales dignos de ser condenados, y de paso allegó al léxico oficial no pocas connotaciones que habían quedado inadvertidas a los eficaces autores del Diccionario de la Real Academia Española. En esta indagación, proseguida con encomiable empeño, dejó establecido como resumen que el lenguaje español que se habla en Chile es más o menos tan correcto como el que escriben los principales novelistas, dramaturgos, periodistas y poetas de la península. El uso de la lengua se divide en capas sociales conforme la cultura, de modo que se parecen más entre ellas el

habla de los cultos de España y de Chile, por ejemplo, que las diferentes jergas de los incultos de ambas naciones. De allí que fuera para el señor Amunátegui Reyes tema frecuente en sus obras, el señalar cuál era la fuente de sus observaciones y cómo y por qué no era procedente ajusticiar grosso modo una voz chilena sin antes averiguar qué grupo la empleaba y para qué, y sin establecer a ciencia cierta si ella no se daba también en grupo similar de los que habitan en la península. Con todo ello, bagaje de trabajador insigne, formó el señor Amunátegui Reyes su doctrina.

No impera en ella el purismo extremoso y rigorista que en otros años se ha visto emplear a Mora, sino más bien la doctrina ecléctica y liberal de Bello. Y no es raro que así sea. Cuando su ilustre tío don Miguel Luis Amunátegui dejó inconclusa la tarea de acopiar las obras completas de Bello, fue mi ilustre predecesor quien la tomó en sus manos, hasta darle cima provisional con los últimos volúmenes que forman aquella serie. Y digo provisional, porque el propio señor Amunátegui Reyes dejó establecido que entre los borradores de Bello había obras que podían pasar a la serie de los escritos recopilados, con más traducciones y opúsculos de menor entidad, que los recopiladores que le precedieron habían dejado traspapelados y en espera de nuevas oportunidades de publicación.

De las obras de examen lexicológico que dejó entregadas a la circulación el señor Amunátegui Reyes, puede decirse, en conjunto, que forman el más rico arsenal a que habrá de acudir sin duda la Real Academia de Madrid cuando quiera ensanchar su léxico oficial con voces que se hallan en el uso cotidiano y que sin embargo faltan en el Diccionario. Y como prueba de que este pronóstico tiene base sólida, cabe recordar que en parte aquella incorporación se ha hecho cuando en vida del diligente escritor chileno, a él mismo le fue dada la satisfacción de ver que algunas de sus exploraciones eran utilizadas por quien debía usarlas, haciendo fe en la pesquisa

y defiriendo sin vacilar a la buena fe y al riguroso examen llevado a cabo por el erudito chileno.

En la obra que me permito señalar a la consideración y al aplauso de todos vosotros, el señor Amunátegui Reyes empleó algo más que los cuarenta y nueve años que ocupó este ilustre sillón. Y como en toda lucha hay alguna víctima, en la que estoy rememorando hubo una que por cierto parecía llamada por su crueldad a cortar el paso del intrépido explorador. El señor Amunátegui Reyes perdió en ella la vista, que era desde luego el órgano inmediato de aprehensión de la realidad idiomática que tanto se esforzaba el erudito por abarcar entre sus brazos. Pero a la desgracia sucedió el tesón, y la porfía venció el desmedro intelectual a que parecía condenado el paciente. Cuando no pudo leer por sí, se hizo leer por otras personas, que el ilustre sabio eligió entre jóvenes aficionados a las letras, a quienes a más de prestarles el inestable don de su amistad permitió de este modo agrandar una ilustración que algunos de ellos han mostrado en seguida en obras de valor propio. Y fueron en fin su propia esposa y sus propios hijos quienes suplieron lo que la naturaleza negaba. Copiando sus originales descabalados, interpretando la letra de apuntes tomados a ciegas, leyéndole trozos difíciles, verificando citas, recibiendo en fin las indicaciones que la memoria del autor franqueaba como ayuda preciosa, aquellos colaboradores del hogar permitieron con su piadosa asistencia que la parte final de la obra del señor Amunátegui Reyes alcanzara la vestidura de la imprenta en libros pulcros, de reposada lectura, no manchados de un número mayor de erratas que el que normalmente ostenta cualquier otro hecho imprimir por escritor dotado de la plenitud de su visión. Y como esto ocurría de puertas adentro, en el hogar patricio, conserva en fin, aun cuando se le repita por las plumas de terceros, la cálida emoción de los recuerdos íntimos y hace nacer lágrimas de ternura en cuantos hayan de evocar, al conjuro de estas circunstancias, la escena familiar de Milton, ciego, ayudado de los suyos para estampar en el papel las estancias del Paraíso Perdido.

Sin la ciencia de don Miguel Luis Amunátegui Reyes, sin sus lecturas, sin su perseverancia para el trabajo intelectual, sin la perspicacia con que el singular erudito suplió las luces que la vista ya no le proporcionaba, se me impone la tarea de ocupar su sillón, varios años vacante. Aceptaréis, señores, sin esfuerzo alguno, la confesión de mi azoro en tales circunstancias. ¿Qué vengo yo a intentar aquí en donde se agotaron las fuerzas de tan ardoroso luchador? Consciente de la extrema debilidad de mis fuerzas, me avengo a asumir tan grave responsabilidad porque, habiendo estudiado las obras de mi predecesor para deducir de ellas las leyes y lecciones que sugieren, creo estar en situación adecuada para inspirar mi labor futura al servicio de la Academia Chilena en el mismo prudente eclecticismo que a él inspiraba. Si algo me atrevo a hacer en pro de las disciplinas propias del instituto, no pediré un aplauso que no estoy seguro de merecer, ni recompensas que si halagan la vanidad y el amor propio los demás generalmente pronto olvidan. Lo único que sí me atreveré a pedir es fidelidad a la inmarcesible lección de buena voluntad, de tesón, de constancia en la lucha, que nos deja a todos los chilenos el esclarecido varón a quien sucedo sin títulos ni merecimientos que rayen a la altura de los que él tenía acopiados cuando se le llamó a esta sede.